

Las huertas de Mistral y Urriola: conversando con las plantas y los muertos*

Rubí Carreño

Pontificia Universidad Católica de Chile

Volar, lo que se dice volar,
no vuelo
(El Kanka)

I. La madreselva

Estoy debajo del arco que hace la madreselva. Tengo cuatro años. Veo hacia arriba los brotes entretejidos con el sol formando un placentero cielo verde y amarillo. Mi abuela acaba de morir de un viaje. Literalmente. Mi mamá es incapaz de llorar e inventa que ella vive en las nubes rosadas, a veces, que es el aroma de la enredadera. Esa versión me gusta y decido creerla. Estoy sentada bajo un arco de triunfo vegetal y solo puedo ser, entonces, Mab, la gozosa reina de las hadas, la misma que tiene un carro de una sola perla y que regala a los seres humanos el velo de un sueño azul y nada puede pasarme porque me cubre el manto luminoso de mi abuela. Miro los miles de tallos flexibles y me doy cuenta de que en su delgadez cada uno sostiene cientos de flores. Mi abuela se murió y un montón de gente se fue de bruces, aunque ella no era un roble. Dicen que hay mujeres que sostienen a los otros, a otras, que la escritura busca su cauce como un tallo de enredadera y que, en esa misma búsqueda, afirma y se afirma. Dicen que vida, mujeres y escritura, son como la madreselva, que su aroma, es lo que escribimos, solas y juntas.

Es en el tiempo de mi personal picaresca. Soy profesora a tiempo parcial, estudiante, niña de mano, bailarina árabe, estafeta y secretaria. Me mandan a dejar un sobre a la casa azul de Diamela Eltit. Le entrego, además, como de contrabando, mi tesis de magíster que he dedicado discretamente a E.C. que murió mientras la escribía. Sé que Diamela dedicó su memoria de grado a su abuela, que como mi padre no tuvo más letras que telégrafos de agua. La sombra campesina de sauce y maitén animan la mano que escribe. Así, duelo y creatividad se juntan en la palabra "memoria", como muchas otras veces, en Chile. Es que quizás la escritura sea la savia amorosa por donde transitan los deseos letrados de quienes no fueron a la escuela. Por ese tallo pasa la inteligencia de las tías, las madres, las maestras, también de un padre o de un abuelo que dijo: puedes hacerlo y eres amada. También

* Este texto es parte del Proyecto FONDECYT Regular N° 1171337 "Hacer cantar la maravilla: plantas medicinales en cantos rituales, tonadas y poemas de mujeres - Chile - Wallmapu XX-XXI".

es esa casa azul de Diamela, la celeste de Gwen, cuya mano trabajadora y escritura amorosa cambió para siempre la vida de tantos, también la mía.

Me trajo hasta aquí la enredadera y esa flor fragante. Nos juntamos una vez más en estos tiempos en que la vida vale más o menos madre. El presidente Trump dice "Grab them by the pussie"¹. El presidente Piñera, que nos hagamos las muertas para que ellos se hagan los vivos². Detrás, suena la risa del coro. Se trata de una contienda biopolítica entre el presupuesto de que la sexualidad, la naturaleza, los recursos, las mismas mujeres, existen para ser agarradas, extraídas, explotadas, exhibidas y el "retorno de las pussies", es decir, de las mujeres que han enfrentado al necropoder (Valencia) con sus conocimientos de vida. Vuelven las parteras, las sanadoras, las militantes sufragistas, las patronas mexicanas, las bailarinas de la cueca sola, las académicas feministas, las que abrieron la puerta, para todos nosotros, nosotras, las demás.



Pie de foto: Marie Louise Pratt, Francine Masiello, Gwen Kirkpatrick.

¹ <https://www.nytimes.com/2016/10/08/us/donald-trump-tape-transcript.html> (consultado el 04-06-2019).

² <http://www.adnradio.cl/noticias/politica/pinera-las-mujeres-se-tiran-al-suelo-y-se-hacen-las-muertas-y-los-hombres-nos-hacemos-los-vivos/20170620/nota/3497691.aspx> (consultado el 04-06-2019) <https://www.youtube.com/watch?v=KwcO8jS6Jco> (consultado el 04-06-2019).

No habrá paz mientras no se respete hasta la última flor de la madre selva, desde la de aquella que se hizo un nombre, letra a letra, hasta la que cree que existen las malezas y que es una de ellas.

II. Cadáver exquisito de Malú Urriola

Que la vida imite al arte era una de las premisas de las vanguardias poéticas con las que juega *Cadáver exquisito*: las canciones, las amigas, las damas de la noche, la imagen de dos mujeres desnudas en un río, acompañan vida y escritura que son, para quien escribe, exactamente, lo mismo. *Cadáver exquisito* no está tendido en la mesa de disección. El *collage* de pájaros realizado por Mauricio Garrido para la portada del libro anuncia el diálogo con el surrealismo que entabla el poemario en cuanto al humor, la condensación y fragmentación y el erotismo como elementos de la creación artística. "Solo lo asombroso es bello", decía Breton (31), para que exista el milagro, se precisa de fe, decía Carpentier (2), "el poeta es un vidente enceguecido por sus visiones, Urriola sola" (Urriola, 46). Los pájaros del *collage* anuncian un espacio volátil que se replica en la presencia del clavel del aire o las flores del cerezo y del cardo, como también en las estrellas fugaces presentes en los poemas, una de estas podría estar, ahora, brillando en tu mano. *Cadáver exquisito* de Malú Urriola juega a correr y descorrer la línea entre la madre poesía, entendida como la tradición literaria; la madre naturaleza percibida desde una visión tan política como chamánica y la madre biológica, cuya muerte sumada al ecocidio chileno hace declarar que la poesía es una cosa de principio a fin. Si bien es cierto la tradición poética con la que juega es fundamentalmente el surrealismo, también está presente el García Lorca de las canciones, y con él, una vasta presencia de la música popular. La poesía podría ser "un cadáver Exquisito" que repite una y otra vez las campanas patriarcales como aquello de la imaginación parricida o bien ser un pájaro rebelde, que se mueve por sí misma y que habita ese espacio aéreo, sagrado, en que el texto es la huella de un canto-tenca-madre en a.m. que se eleva fugitivo hacia el cielo, como las semillas de la flor del cardo.

La muerte de mi madre me ha dejado sorda, por eso
escucho a Beethoven, en ambos llueven sonidos que jamás
podríamos imaginar

¿Conoces el sonido de una madre yéndose?

Una tenca canta y su garganta se infla y su cola de avión
inclinada recta y lista para emprender el vuelo, me trina
cosas que no comprendo, inclino la cabeza y la miro de lado
tal como ella me mira. Algo dice apuntando a las montañas
y se va en el aire como un ropero. Será que una madre que
escuchaba música am todo el día y cantaba tanto como esta
tenca, se habrá ido volando y yo que la abrazaba no escuché
el trino y el vuelo.

(110)

Los primeros sonidos de la infancia: tu madre meciéndote y cantando una canción que a ella le gusta; o tu padre a su lado hablándote en lenguaje-bebé, haciendo la lengua del amor presemiótico, cuna de la poesía vanguardista (Kristeva, 1974); no solo se escucha, se siente con todo el cuerpo. Esos sonidos de la vida se cambian por una especie de "sordera emocional" que acerca a la voz poética a la música de Beethoven y así escuchar en los claros de la luna la tristeza –que en la poesía chilena– siempre llueve, a excepción, por supuesto, del sureño Neruda.

La pregunta terrible pertinente al estertor –el sonido del aliento materno escapándose del cuerpo– se fuga tolerable en la imagen y el canto alado de la tenca. Algunos de los presentes habrán creído recibir la visita de un padre-madre muerto por medio de un pájaro que entra en la casa y persiste sin miedo adentro de la cocina o del balcón o picotea el vidrio rompiendo las angustias y haciendo el duelo feliz, por unos instantes. En la tradición chilena campesina la llegada de un pájaro al hogar anuncia la visita de seres del otro mundo que viajan para dar consuelo, para decir en cada trino: la vida eterna existe, yo sigo viviendo, solo debes dejarme ir y volverás a escuchar mi alegría trinar.

La poeta Faumelisa Manquepillan me dice en su Ruca Cultural de Lanco: –¿Escuchas esa tenca? Ella me enseñó a cantar. Tengo la impresión de que no era un decir. La tenca, una de las aves cantoras de Chile, podría o no encarnar a la madre-maestra de la poeta. ¿Qué habrá dicho antes de irse "rotunda, como un ropero"? Como nos dicen las flores efímeras que en estos días la ciudad celebra, imagino le dijo: se acaba, se acaba, pero resiste, persiste. O como cantaba Violeta Parra: "cuando se muere la carne el alma busca su sitio, adentro de una amapola o dentro de un pajarito" ("Rin del angelito")³.

Vivos y muertos convivimos en la palabra escrita. Es lo que dijo Bajtin, de otro modo, con aquello de la polifonía y del texto era un mosaico de citas. "Mi palabra es una viga donde posan su alma los muertos", dice la poeta Alejandra del Río ("Yo cactus"). La palabra de Urriola es la entrevista que ocurre entre que decimos adiós a quien amamos y asumimos que debemos seguir vivos, o en palabras de Miguel Hernández: "voy de mi corazón a mis asuntos" ("Elegía", 252). Malú Urriola convierte a la muerte misma en la canción más definitiva del amor. Tencas, flores, árboles de El Valle del Elqui adornan la certeza de que el amor es más grande que el dolor y la partida.

III. Hablando con los muertos

La cosmovisión chamánica se asienta en la creencia de que todos los seres tenemos un mismo origen divino, es por ello que podemos afectarnos, conocer y saber lo que al otro le pasa, es la humanidad la que nos atraviesa, pero también el hálito de la fuente de amor, de luz y de vida. También se basa en la convicción de que tenemos distintos tipos de cuerpos, además de un alma

³ El GwenFest como le decíamos al Homenaje a Gwen Kirkpatrick se realizó durante el Festival de los Cerezos en flor de la ciudad de Washington.

y un espíritu que pueden viajar entre los distintos mundos. Como la literatura, el chamán puede viajar en el tiempo y en el espacio. Finalmente, se apoya en la creencia de que existe una divinidad con la que se puede interactuar, si se tiene la fe y se conocen los ritos adecuados. Todos los seres humanos tendríamos una dimensión chamánica, milagrosa incluso, si ponemos cuerpo y fe, en una palabra sanadora.

La cultura chamánica y los chamanes mismos, es decir, los viajeros entre mundos, especialmente las mujeres, han sido históricamente castigados con la tortura e incluso la muerte en la Antigüedad, con la ridiculización, exotización y negación de sus prácticas y saberes en la modernidad. Su palabra es rescatada de la hoguera o del manicomio, solo cuando tiene valor literario, como ocurrió con San Juan y Santa Teresa en España o recientemente, la machi, poeta y académica, Adriana Paredes Pinda en Chile. La medicina protectora asociada a la magia –por ejemplo, la cintita roja en la muñeca, el collar de plata en el cuello, el ajo o el ají en el bolsillo– se asocia a extintos periodos premodernos. Aun así, es posible que alguno o alguna de los presentes, con un par de libros o de doctorados, tenga una matita de ruda a la entrada de la casa y si es verdaderamente amado, sople las velas en cada cumpleaños poniendo en acción la magia de su soplo y su deseo.

Desde la llamada “nueva era”, el chamanismo se ha entendido como una vía de realización y autoconocimiento. Carlos Castañeda ha sido lectura obligada de miles de adolescentes que buscan su identidad entre el tonal y el nagual, entre lo que se ve y lo que se adivina, consumiendo ya sea la datura o solo esa planta mágica que es la literatura, fuente de saber y poder. En los últimos años, se ha creado una suerte de “turismo alucinógeno” sobre todo en la selva amazónica en relación con la ayahuasca y en el norte de Chile, con el San Pedro (el cactus que tendría las llaves del cielo). Este formato neoliberal despoja al chamanismo de su vínculo social, político y espiritual que dice relación con la defensa de la tierra como reflejo del cielo. Un viajero entre los mundos es un visionario que alerta acerca de las catástrofes, da sanación por medio de plantas, rituales y palabras; conoce la enfermedad que habita a una persona y el modo de transformarla en experiencia crecedora, y sabe si esta es o no una enfermedad social, compartida por varios. Quien viaja conoce las reglas de la vida para el bienestar y nutrición del alma y el cuerpo de su pueblo. En suma, tiene las funciones que a veces han asumido artistas, músicos, poetas⁴.

En las poetas chilenas y del Wallmapu coexiste la cosmovisión moderna con la sagrada que se posa en la rama de alguna planta introducida en el poema. Mientras que la vanguardia poética se esforzó por alejarse de la naturaleza entendida como lo reproductivo, lo antiguo, lo incapaz de recrearse, lo femenino petrificado (como en “Non Serviam” de Huidobro), estas poetas actúan como chamanas en su relación con la naturaleza. Así, son dobles de animales y plantas; trepan a los tejados (después de fumarse o no, algo),

⁴ Las machis mapuche siguen siendo perseguidas en la actualidad tal y como en tiempos de la Colonia. No se les prende fuego ni se las lleva al manicomio, pero sí se las calumnia y encarcela en una alianza perversa en la que colabora prensa, empresa y Estado chileno.

pero sobre todo, sanan con su voz, su gesto, su palabra. Recordemos que el recital es casi un ritual de compañía en que la poesía sale del pequeño libro en que anida y vuela hacia una comunidad unida por letra y voz. Malú y yo tenemos una interesante relación con las plantas. Su obra es parte de un corpus en que estudio cómo las mujeres cruzan su escritura con la savia vegetal de las plantas medicinales (todas lo son) y en que el chamanismo como visión de mundo es revelado desde su original dimensión espiritual y política: alertar a un pueblo, dar medicina, ser la mano en la frente, ser *lawen*, ser medicina.

IV. Mistral: la huerta como puerta del cielo en Poema de Chile: saberes, sabores, generaciones

La huerta, el jardín, también el menoko, es decir, el humedal donde crecen las plantas medicinales, el bosque, serían lugares en que el encuentro con lo sagrado estaría favorecido por la presencia bienhechora de las plantas. En estos espacios, donde la vida canta por la presencia de abejas y pájaros (como en el poema de Urriola) se posibilitarían los viajes entre el cielo y la tierra, con la felicidad y facilidad en que pájaro sube y baja de su nido. El mundo vegetal vibrante de luz haría posible la manifestación de quienes están en el *wenumapu* o mundo de arriba otorgando medicina, consejo, guía a los que cultivan y permanecen respetuosos de las leyes del jardín: quien da agua, recibe agua, quien corta, debe reparar o enfrentar al mismo tiempo, un corte, según la creencia mapuche. Un símbolo del poder y viaje de las machi es el *rewe*, escalera al cielo de forma y materia vegetal. Según otras creencias, el encuentro entre el arriba y el abajo, deviene en luz, verdad y vida para el que sufre. Jesús en sus últimos días de ser humano, visitó la huerta de Getsemaní para hablar con su padre bajo los olivos. Desde el asombro y el juego, para los niños y niñas pequeños, la huerta es en sí misma otra tierra; la de los animalitos, insectos y flores que de su mismo tamaño casi, sin embargo, una radical diferencia que raya en lo sobrenatural ¿Cómo puede ser que seamos tantos y tan distintos?, ¿Cómo es que de niños podíamos hablar tan claramente con las flores? En la tradición poética chilena es Gabriela Mistral quien productiviza literariamente la conexión con lo sagrado en la huerta juntando saberes medicinales de las plantas (la albahaca, la percepción infantil en el niño indígena y también la llegada del otro mundo en la mama-fantasta). "Huerta" de *El Poema de Chile* de Gabriela Mistral es uno de los primeros poemas letrados en que el espacio chamánico de la huerta permite la convivencia de vivos y muertos al amparo de la magia vegetal:

–Niño, tú pasas de largo
por la huerta de Lucía,
aunque te paras, a veces,
por cualquiera nadería.

¿Qué le miras a esa mata?
Es cualquier pasto. ¡Camina!

–¿Qué? es la huerta de Lucía.
 Tan chica, mama, y sin árboles.
 ¿Qué haces ahí, mira y mira?
 Esa vieja planta todo.
 Por vieja, tendrá manías.

–Tonito mío. Es la albahaca.
 ¡Qué buena! ¡Dios la bendiga!

–Pero si no es más que pasto,
 mama. ¿Por qué la acaricias?

–Le oí decir a mi madre
 que la quería y plantaba
 y la bebía en tisana,
 le oí decir que alivia
 el corazón, y eran ciertas
 las cosas que ella nos contaba (1967, 51).

Quisiera que Mistral me guiara la mano y me dijera si ella vio en su huerta de allá de América del Norte a su madre y a su abuela cuando plantaba la albahaca, cuando no arrancaba los dedales de oro, por malezas, y en cambio los dejaba a la orilla de los surcos de su huerta extranjera, no solo por esa atracción dorada e inútil que desplegaban salvajes, frente a las plantas honradas que van a la taza o a la cocina, sino porque un resplandor verde y amarillo le traía a su patria. Pero no sé si vendrá o vendría o quizás sea mi propio trazo el que precisa, que yo vea su huerta de *El poema de Chile*, como quien va a un jardín literario a encontrarse con una muerta demasiado viva. El poema Huerta no es solo una didáctica de valoración de la vida en que la mama-fantasma enseña al niño a valorar lo pequeño, gesto en sí mismo medicinal para el niño chico enamorado de la altura de los árboles. Asimismo, le enseña mediante el poema lo que necesita para pasar de brote a árbol: "Enfermo que come no muere" decía mi padre campesino y la albahaca señalada como alta medicina en el poema sabemos, desde los saberes tradicionales sobre las plantas medicinales que llama los mejores apetitos, restableciendo el erotismo, la alegría, la salud. Asimismo, aunque en el poema se muestra el desdén hacia las mujeres mayores campesinas: "esa vieja planta todo/ por vieja tendrá manías" (104), la fantasma y la propia Mistral tras la voz indígena del espíritu validan el conocimiento biopolítico de las madres y las abuelas al afirmar: "le oí decir que alivia el corazón y era cierto lo que ella nos contaba" (104).

La abuela de Lucila Godoy y Gabriela Mistral misma, con sus dobles de madre y fantasma en el *Poema de Chile* establecen la huerta no solo como

un lugar de aprendizaje de prácticas (como sembrar, podar, cosechar, por ejemplo) y de saberes (para qué sirve cada planta) sino como una cosmovisión en que lo grande y lo pequeño, lo vivo y lo muerto, lo profano y lo sagrado, así como la vida y la misma literatura están interconectados (niños y árboles, seres humanos y plantas, vivos y fantasmas, abuelas históricas y mamás inventadas). Pero quizás el saber más importante es, del mismo modo, que en "La Jardinera" de Violeta Parra (1961), la enseñanza de cómo el trabajo con la tierra entrega la capacidad para superar los dolores y los duelos. Pero si en "La Jardinera" se trata de crear belleza que tiene el don de sanar, en "Huerta" es el traspaso de información de generación en generación, que termina alcanzando a vivos y muertos, lo que ofrece el consuelo. Cuando podas las rosas en mayo, porque tu abuelita te enseñó a hacerlo de ese modo, sabes que en cada poda estará ahí diciéndote: "cuidado mijita, no se vaya a pinchar, cortelo así, de ladito, para que vuelva a brotar".

La rama familiar (femenina en este caso) se entreteje con el reino vegetal que logra tender un puente *entre* los vivos y los muertos. El olor de las plantas, el contacto con la tierra, la puesta en práctica de saberes aprendidos en torno al jardín abraza a los que están a ambos lados de la hoja, en uno y otro mundo. El texto poético es el suelo-sueño que nos permite recordar esa alianza entre las plantas maternas que podemos tocar y oler, incluso, alimentarnos y la madre que es espíritu, fantasma, recuerdo, casi nunca, nada. Quizás el fantasma Mistral nos diría hoy por medio de este poema –su jardín– cómo educar a niños y niñas mediante el conocimiento amoroso y caminado de la naturaleza más cercana y presente: las plantas como alimento, medicina y nexos con los antepasados y no por el horror al genocidio ambiental: ama y cuidarás.

El desastre ambiental chileno que deja las primeras letras como un "chiste ecológico" (según Nicanor Parra) pone en riesgo de muerte a todos nosotros, porque sabemos que el que tiene problemas de hambre y sequía, tarde o temprano tocara tu puerta. Es así como la muerte de la madre en Urriola le da vuelta la mirada hacia la madre tierra:

¿Sabes qué es la pena?

Mira hacia el norte. Mira al sur. Mira el pasado y mira el presente. Esa es la pena.

De araucarias tenemos pena, de devastación y ambiciones miserables, de los pescadores que reparten sus peces entre los que nunca tuvieron ni tendrán nada. Pena de ancianos sin casas, de desaparecidos.

Y con esa pena juegan los niños,
y se pierden los perros y los gatos

y la mesa donde se entibiaba el té, cuando pensábamos que un día se iría

la pena.

(Urriola, 98).

Pero anoche soñé con mi abuela. No estaba tejiendo en una nube y no había reencarnado en pajarito, en rosa, ni en tenca ni madreSelva. Me decía con todo su *pussypower*, más viva que nunca, que ni la muerte, ni el desastre, ni el desierto. Sopla el diente de león con todo tu deseo, que me llegarán tus cartas hasta donde estoy, sopla y canta conmigo esta canción:

Solté todo lo que tenía y fui feliz
Solté las riendas y deje pasar
no me ata nada aquí
No hay nada que guardar
Así que cojo impulso
Y a volar, volar, lo que se dice volar.

(El Kanka)

Obras citadas

- Breton, André. *Manifiestos del surrealismo*. Buenos Aires: Editorial Argonautas, 2001.
- Carpentier, Alejo. "Prólogo". *El reino de este mundo*. Madrid: Alianza Editorial, 2012.
- Del Río, Alejandra. "Yo cactus", en *El yo cactus*. Santiago de Chile: Universidad de Chile, 1994.
- Hernández, Miguel. *Obra poética completa*. Madrid: Alianza Editorial, 1990.
- Mistral, Gabriela. *Poema de Chile*. Santiago de Chile: La Pollera Ediciones, 2013.
- Parra, Violeta. "La jardinera", en *El Folklore de Chile*, vol. VIII. 1961.
- Parra, Violeta. "Rin del angelito", en *Las Últimas Composiciones*, 1966.
- Urriola, Malú. *Cadáver exquisito*. Santiago de Chile: Cuarto Propio, 2017.
- Valencia, Sayak, *Capitalismo gore*. España: Melusina, 2010.